

Introducción

El interés por promover en México la atención por una temática que se estima fundamental –las relaciones entre la juventud, el trabajo, la educación y la pobreza– llevó a pensar en un espacio que reuniera a personas en los ámbitos de la investigación, de los programas y de las experiencias. De ahí surgió el Simposio *Los Jóvenes y el Trabajo: la educación frente a la exclusión social*, realizado en junio del 2000 en la Universidad Iberoamericana-Santa Fe. El propósito siempre fue claro: hacer del dominio público –para todos los interesados e involucrados en esta temática en México– resultados de investigación, así como dar a conocer y aprender de la problemática que se enfrenta en el terreno de las políticas y de las acciones. A partir de ello, se espera abrir vías para profundizar en el conocimiento sobre las relaciones entre la educación y el trabajo, con énfasis particular en los sectores desfavorecidos, en este caso, los jóvenes.

En el origen de este interés converge otro factor relevante. Desde hace ya varios años, en el ámbito de la investigación sobre las relaciones educación-trabajo, el tema de los jóvenes se ha convertido en un tema central. Ello se ha visto reflejado en los intereses de investigación por parte de la Red Latinoamericana de Educación y Trabajo (RET) y por parte de CINTERFOR-OIT. Más recientemente, el interés por analizar la problemática particular de los jóvenes en situación de pobreza dio cauce a la realización de diversos proyectos de investigación. Entre ellos está la investigación regional convocada y coordinada por la RET en torno al tema de las “Políticas y programas de capacitación para jóvenes en situación de pobreza y riesgo de exclusión”. En este proyecto participaron cinco países, entre ellos México, y constituye propiamente la simiente de la que nació esta idea. Asimismo, el simposio constituye una forma de seguimiento a la preocupación sobre una *educación de jóvenes y adultos vinculada con el trabajo*, una de las temáticas priorizadas en el Seguimiento Latinoamericano de la Conferencia Internacional de Educación de Adultos de la UNESCO. Se

han unido por tanto preocupaciones provenientes de ámbitos institucionales que estuvieron apartados, las esferas de incidencia de la OIT y de la UNESCO, estrategias educativas con armaduras racionales aparentemente distintas. De alguna forma, se ha perseguido esta confluencia.

El trasfondo de las diferentes contribuciones que integran este libro es la exclusión social, proceso que aparta y margina, que no incluye ni hace parte a otros de la dinámica social, económica y política en que se mueve una sociedad. Las condiciones de pobreza que caracterizan a muchos de nuestros países conllevan procesos de exclusión social, circuitos que terminan reproduciendo una realidad: condiciones económicas que llevan a la población de bajos recursos al abandono prematuro de la escuela sin haber conseguido las competencias básicas, forzados a incursionar en el ámbito laboral a temprana edad y en los espacios más precarios. La exclusión social se traduce en un círculo perverso de marginación y desventajas en los ámbitos de la educación, el trabajo, la salud y la cultura, lo que lleva al consecuente debilitamiento de la voz en los diferentes espacios de la sociedad. Sobre esta realidad se ha escrito ya mucho. Configura la problemática básica de muchos de los jóvenes hoy día, especialmente de quienes viven en situación de pobreza.

Este libro trata sobre los y las jóvenes. Son ellos y ellas el eje principal. Pero ¿cuáles jóvenes? En los diferentes artículos no se apuesta a la visión idealizada -publicitaria- del joven emprendedor, de quien accede a un trabajo remunerado y se incorpora a la dinámica económica de una sociedad. En este estereotipo de la juventud, a partir de estas nociones del trabajo, los jóvenes pobres son los sacrificados: se enfrentan permanentemente a imágenes en que no se reflejan ellos mismos, a nociones de éxito que no corresponden a sus realidades, ni a sus posibilidades. Trayectorias ideales en ese paso de la niñez a la juventud, de la juventud al mundo adulto, proyectan inevitablemente una connotación de clase social. Refieren más a contextos que dicen poco de situaciones que caracterizan a la mayor parte de la población latinoamericana.

¿Qué significa ser joven? Los jóvenes que viven en situación de pobreza, muchos de ellos desde muchos años ya, dejaron de ser jóvenes: el adolescente que desde los 8 años se gana la vida en las calles, o la muchacha indígena que migra y que desde los 15 años

realiza trabajo doméstico: ¿hasta qué edad se es joven? Estereotipos y visiones ideales de la juventud no dan cuenta de la complejidad social detrás del hecho de ser joven. De nuevo, ¿de qué joven estamos hablando? ¿Cómo concebimos su dinámica educativa y laboral? Y, lo más importante, ¿cómo la definen y la perciben ellos? ¿Con qué apoyos cuentan para encauzar sus proyectos? ¿Cuál es el diálogo entre sus estrategias y visiones de la realidad con aquellas de los adultos, percibidos ya bien como fuente de la experiencia, ya bien como espacio de rigidez e intolerancia?

En los jóvenes la sociedad ha depositado la esperanza y, sin embargo, ellos resultan los menos apoyados. Tienden a ser hablados por la sociedad, comúnmente subestimada su voz, clasificados en extremos como la promesa y la fatalidad: son vistos como la gran apuesta de un mejor futuro -el vehículo del desarrollo en tiempos de crisis. Por otro lado, se les percibe como la amenaza al presente, al orden establecido (véase Ernesto Rodríguez).

Sin duda, los jóvenes encarnan gran parte de la apuesta. Así y todo, en el presente y en el futuro estamos todos, niños, jóvenes, adultos y ancianos, cada quien con voces particulares e intereses de libertad que expresan la voz de cada uno y de todos. ¿Cómo abarcar, pues, como sociedad, a la voz, al espacio y al ejercicio de libertad por parte de los jóvenes? ¿Cómo incluir la fuerza y la palabra de ese amplio sector de población de nuestras sociedades? Entre ellos se ubican situaciones en que las condiciones de pobreza se agudizan: tasas de desempleo que sobrepasan ampliamente las tasas registradas por la población adulta, condiciones de trabajo particularmente desventajosas por su edad, nivel social, segmentos en los que se insertan. Todos ellos, lugares comunes para quienes, de alguna forma, estamos interesados e involucrados en esta problemática.

La tensión fundamental entre los jóvenes pobres gira alrededor del trabajo. Una tensión que arranca de esa necesidad de ser adulto, siendo joven; que parte de esa inserción forzada en el mundo del trabajo cuando se carece de las competencias y habilidades básicas. Una tensión derivada de las contradicciones de una sociedad donde el empleo está en ciernes, de sociedades polarizadas donde la falta de oportunidades y la desigual distribución del ingreso llevan a que amplios sectores de la sociedad -los jóvenes en este caso- se vean obligados a recurrir al mundo del trabajo con

perfiles frágiles en espacios donde las demandas por competencias son cada día más exigentes. Por estas consideraciones, los jóvenes son el tema que ocupa este libro.

Frente a esta tensión, ¿cuáles son los desafíos para la educación? ¿Cuál es la orientación de una estrategia de formación que intente contribuir a facilitar esa inserción forzada? Las políticas de formación han estado orientadas predominantemente a la formación para el mercado de trabajo formal, guiadas prioritariamente por los requerimientos de la empresa privada en el marco de la vorágine del desarrollo tecnológico y la globalización. Ello ha llevado a subestimar las necesidades de formación de un amplio grupo de población que se encuentra dedicado a las actividades de la economía informal.

Una estrategia de formación para el trabajo en contextos socioeconómicos, como los que caracterizan a la mayor parte de nuestros países, tiene que estar vinculada a las necesidades de formación derivadas de nuestras realidades. Frecuentemente tendemos a olvidar las condiciones de vida de amplios sectores de nuestras sociedades. La apuesta apunta hacia la inclusión social. La certeza de que “...no, no podemos asegurar niveles de bienestar y participación, ni nacionales, ni globales, si no atendemos primero a la segunda nación y la salvamos del olvido, la miseria y la exclusión”. Un progreso incluyente –en sus palabras– “...debe con- jugar, en un país como México, las exigencias del cambio y las de la tradición. La modernidad no puede ser ciega, imitativa, simple acto reflejo.”¹

La apuesta va, pues, en el sentido de incorporar a los y las jóvenes en situación de pobreza, brindar respuestas acordes con sus expectativas y posibilidades, generar ofertas de formación que les permitan acceder a trabajos dignos y mejorar su calidad de vida. La apuesta va en pos de desarrollar espacios que inviten a la participación, a la posibilidad de estar y ser, sentirse parte de, sentimiento que entre la población en situación de pobreza se agudiza ante la exclusión y tan sólo busca, al igual que los demás, un espacio desde donde estar presente. En estas consideraciones encuentra su fundamento y origen la conformación de este libro.

La mirada inicial provee los referentes latinoamericanos y nacionales para los grandes ejes del libro: la juventud, la pobreza, el trabajo y la educación. En concreto, refiere a la problemática que

entraña la canalización de una oferta educativa orientada a vincular a los jóvenes con el espacio del trabajo. De este interés se deriva la importancia de dar cuenta de dos elementos fundamentales de la ecuación: por un lado, la situación educativa y laboral de la población objetivo diferenciando a los jóvenes en situación de pobreza; por otro, las características de las diferentes instituciones que ofrecen programas de capacitación para el trabajo. Dos artículos de María Antonia Gallart y de Enrique Pieck proporcionan este diagnóstico introductorio, el primero al aportar los resultados de una investigación regional en que participaron cinco países de América Latina; el segundo, mostrando la información de uno de esos países –el caso de México–. Ambos artículos señalan temas pendientes y grandes desafíos, entre ellos la importancia de atender a la heterogeneidad de la población, la necesidad de una formación integral y la reiterada insistencia en la vinculación institucional como estrategia indispensable para responder a una problemática con múltiples aristas.

¿Es diferente la calidad de las ocupaciones a que acceden quienes tienen diferente escolaridad? ¿Cómo afecta el desempleo a los distintos egresados del sistema educativo? Son éstas algunas de las preguntas que apuntan a desentrañar la complejidad inherente en las relaciones entre la educación y el empleo y que son el sustento de la mirada diagnóstica que aporta Carlos Muñoz Izquierdo en un análisis sobre las implicaciones de la escolaridad en la calidad del empleo en el caso de México. Dados los volúmenes de desempleo y subempleo, que contrastan con los mayores índices de escolaridad, Muñoz Izquierdo se pregunta si se han diseñado los programas de desarrollo económico que promuevan el crecimiento de la demanda laboral, o si más bien las inversiones se distribuyen bajo el supuesto de que la ‘mano invisible’ creará los empleos que necesita nuestra creciente población económicamente activa.

La problemática que enfrenta la juventud al incorporarse tempranamente al trabajo, abarca ese segmento más joven que se ubica en el rango de los 10 a los 15 años de edad. Ello lleva a M. Kagoshima e I. Guerra a analizar la situación particular de los niños trabajadores, grupo particularmente vulnerable entre quienes se agudizan los problemas de abandono escolar y de pobreza. En ellos se ilustra de forma nítida el círculo vicioso pobreza-educación.

ción-pobreza, en que existen, sin duda, las demandas más apremiantes en atención a una prioridad ética: si los jóvenes son importantes, los niños lo son más.

¿Cuál es el papel de la política frente a los contextos que se describen en este marco introductorio? Las diferentes contribuciones tocan invariablemente aspectos vinculados con la problemática fundamental que envuelve el quehacer de las políticas de formación para el trabajo orientadas a los y las jóvenes. Algunos, como E. Rodríguez, subrayan la importancia de reformular las políticas de juventud, así como la necesidad de establecer prioridades, en los ámbitos de la salud, la integración social, la violencia juvenil y la participación ciudadana. María de Ibarrola, por su parte, bosqueja las políticas de formación para el trabajo en México en la coyuntura económica actual y concluye señalando la instauración de un nuevo paradigma en México que acepta la noción de competencias laborales, flexibilidad, formación integral y formación a lo largo de la vida como conceptos orientadores básicos.

¿Qué puede esperarse de la formación profesional a la que acceden los jóvenes pobres cuando hoy día un título de nivel medio es insuficiente para acceder a un empleo? La situación, como señala Claudia Jacinto, plantea límites claros a los programas de formación, cuestiona un conjunto de prácticas y llama a la consideración de una serie de lecciones en torno a la importancia de la noción de integralidad y las articulaciones con el sistema formal. ¿Qué y cómo evaluar? son las preguntas centrales que guían a Jacinto en su análisis de los contextos y actores institucionales que intervienen en la evaluación de los programas de capacitación. De ahí se desprende la importancia de diferenciar entre los objetivos de inserción social o laboral, el énfasis en los procesos o en los resultados y los factores a tomar en cuenta en la evaluación del impacto social.

En el libro se confronta a los jóvenes y el espacio del trabajo. Se contrasta su perfil, las limitantes de ser joven y vivir en la pobreza respecto de las exigencias formuladas por los diferentes mercados laborales; las dificultades que entrañan los procesos de inserción y las diferentes alternativas institucionales que propician la relación de los jóvenes con el espacio productivo. De esta manera, dada la tradicional falta de correspondencia entre los campos de la educación y el trabajo, las actuales restricciones en el mercado

laboral y la situación particularmente frágil de los jóvenes, resulta importante que el tránsito de la escuela al trabajo –este espacio de transición–, tenga un carácter formativo; es decir, que tenga la posibilidad de convertirse en un “espacio de formación en transición” que apunte a mejorar la empleabilidad del joven, como señala Ramírez. En este tránsito obligado se desarrollan procesos de inserción laboral en los que intervienen diversos factores socioculturales; el caso de las redes sociales o familiares de las que se valen los jóvenes para vincularse con oportunidades de trabajo. ¿Qué pasa con el capital social familiar y cuál es su conexión con el capital educativo cultural acumulado por los jóvenes buscadores de trabajo? Éstas son las preguntas a que responde la investigación reportada en el artículo de Pérez Islas y Maritza Urteaga que indaga en las influencias –familiares, ambientales y escolares– que afectan las trayectorias laborales de los jóvenes.

Experiencias como la del Servicio Civil Voluntario y de Capacitação Solidaria en Brasil, que analizan Elenice Leite y Celia de Avila, representan, de alguna manera, esfuerzos institucionales significativos que contribuyen a facilitar esta etapa de transición al acercar a los jóvenes de bajos recursos a distintos espacios del mundo del trabajo. En un campo urgido de la innovación, constituyen, sin duda, programas novedosos en este nicho particular de la formación para el trabajo, además de que toman como punto de referencia un conjunto amplio de actividades económicas propias de los contextos marginales. Sin embargo, y como señala Leite, si bien existen claramente programas importantes de atención a poblaciones vulnerables, estas experiencias plantean desafíos en el campo de la construcción de políticas públicas. De ahí, las interrogantes en términos de cómo institucionalizar los programas exitosos, cómo construir políticas con bases democráticas. Sin duda no es tan sólo un asunto de expandir las experiencias, sino de retos que se ubican en el nivel de las metodologías, constitución de redes y desarrollo de sistemas de evaluación.

En otro nivel está el amplio panorama de los microemprendimientos, la apuesta a que los y las jóvenes puedan emprender actividades económico-productivas propias, de cara a las restricciones en el mercado de trabajo. Los agravantes en este tipo de proyectos siempre son los mismos: la corta edad, la falta de experiencia, los déficits educativos, la carencia de competen-

cias laborales. Graciela Messina pone la mirada justamente sobre las experiencias de los jóvenes en las microempresas, los cambios que viven en su relación con el trabajo. Se cuestiona sobre la posibilidad que encierran las microempresas para la inserción y promoción laboral, o sobre si más bien desempeñan una función de contención social y política. La tarea fundamental, subraya, es asumir la educación como un espacio de relativa autonomía que no se limita a responder a las demandas del sistema productivo. Ello entraña apoyar a los jóvenes a vivir su trabajo como obra desde la recuperación de la cotidianeidad. Supone resignificar el trabajo reconociendo que no es algo técnico, sino un proceso donde se combinan la dimensión social e individual.

Detrás de la problemática de los microemprendimientos para jóvenes está claramente el desafío de la capacitación; es decir, qué estrategias formativas permiten dotar a los y las jóvenes de las competencias técnicas y básicas necesarias para llevar adelante los microemprendimientos. John Durston se adentra en los aspectos institucionales y contextuales que envuelven a esta actividad y desprende algunas lecciones de la incursión de programas de capacitación en el área rural vinculados con la problemática de la microempresa asociativa juvenil.

En el libro se ha destacado un apartado para tratar específicamente el tema de la mujer y el trabajo y es el que culmina el libro. No es gratuita su inclusión, ya que responde estrictamente a la situación particularmente desfavorable que ellas enfrentan en los espacios de la formación y del trabajo. Se pretende resaltar, además, la importancia de considerar la dimensión de género en la formulación y desarrollo de programas de formación para el trabajo. A decir de Florinda Riquer y Ana María Tepichin, el reclamo de que la lectura de género constituya el suplemento o complemento de las lecturas en boga del fenómeno educativo y de su relación con el mundo del trabajo.

Las autoras de esta sección, como Sara Silveira aportan valiosa información que documenta el impacto de las desigualdades de género en los sistemas de formación profesional, y que se revela, entre otras, en la carencia de un sistema de información y orientación vocacional y ocupacional con enfoque de género que estimule nuevas opciones y rompa los estereotipos.

En esta preocupación, la problemática que enfrentan las mujeres en el medio rural revela matices preocupantes. En este medio el sistema educativo formal y las opciones de capacitación para el empleo, más que una oportunidad, aparecen incluso como otro mecanismo de exclusión para las jóvenes del campo, como opina Paloma Bonfil. De ahí la importancia de desarrollar y valorar opciones para la generación de ingresos en áreas desfavorecidas, como es el caso de diferentes tipos de microemprendimientos. La necesidad de encontrar alternativas económicas para la mujer en el medio rural ha sido una preocupación de larga data. En este sentido, Iliana Pereyra analiza la importancia de los emprendimientos productivos liderados por mujeres en el marco de las condiciones socioeconómicas adversas propias de nuestros países. La combinación en estos espacios de elementos educativos, económicos, sociales y de género llevan a ponderar su potencial transformador en las personas y en los colectivos que los integran.

Finalmente, confiamos en que este libro abra puertas y genere cauces que den pie a seguimientos, que establezcan la pauta para el desarrollo de vínculos institucionales, acciones futuras en el nivel de las políticas y de la investigación. Estaría cumpliéndose con ello uno de los objetivos iniciales del simposio y que forma parte, sin duda, de las apuestas inherentes de este libro.

Es importante mencionar que este libro ha sido fruto de la convergencia de muchas instituciones y personas. Muy especialmente agradezco al Instituto Mexicano de la Juventud su interés y su gran apoyo para la organización del Simposio, mismo que los hizo convertirse en coorganizadores de este evento y coeditores de este libro. Mi agradecimiento también al Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica (CONALEP), al Centro Interamericano de Investigación y Documentación sobre Formación Profesional (CINTERFOR-OIT) y al UNICEF por su interés en sumarse a la coedición de esta publicación. Mis sinceras gracias a la Red Latinoamericana de Educación y Trabajo (RET), en particular a la Dra. María Antonia Gallart, por el auspicio de un proyecto de investigación regional que hoy cuenta entre sus resultados, tanto el Simposio como la publicación de estas memorias. Finalmente, quiero dar las gracias a las autoridades de la Universidad Iberoameri-

cana Santa Fe, en especial al Ing. José Antonio Esteva Maraboto, por el apoyo otorgado para la realización del Simposio, y ahora para la publicación de este libro.

Detrás de este libro está también el apoyo de Adlai Francisco Navarro, quien tuvo bajo su responsabilidad la corrección de los escritos, y de Luis Alberto Martínez a quien se debe la edición, el diseño e imagen de este libro. A ellos mi agradecimiento porque ciertamente este libro es fruto también de su contribución.

E. P.
Junio 2001

NOTAS

1. Carlos Fuentes, *Por un progreso incluyente*, Instituto de Estudios educativos y sindicales de México, México, 1997.